

EL PRECIO DE LAS TEORÍAS INCORRECTAS

Los bancos centrales lo lograron, llegó la inflación

ECONOMÍA

09-02-2022

Maurizio
Milano



En los últimos meses, los precios de los bienes y servicios han comenzado a subir **significativamente**: no solo los del gas natural, a los que se deben principalmente las subidas, sino también los del petróleo, los combustibles, los metales y los materiales industriales, hasta llegar a los productos alimenticios. La temida recuperación de la inflación, impulsada en particular por las fortísimas subidas de las materias primas

energéticas, se ha traducido en incrementos de dos dígitos en las facturas de gas y electricidad y se está extendiendo también a los precios de la cesta de la compra: en los últimos meses, la tasa anual la inflación saltó al 7% en EE. UU., la más alta en cuarenta años, y superó el 5% en la zona del euro. En Italia, la inflación alcanzó el 4,8%, el nivel más alto desde 1996.

Preguntémonos cuáles son las causas, remotas y próximas, de las dinámicas que constituyen, para la Unión Nacional de Consumidores, un “Caporetto para el bolsillo de las familias”: un golpe que se puede evaluar - según el patrón de consumo de los distintos núcleos familiares - de varios cientos a unos pocos miles de euros al año. Por no hablar del grave daño al sistema industrial, en particular para las empresas más “consumidoras de energía”, es decir, más dependientes de los costes energéticos.

Entre las causas remotas, ciertamente podemos señalar las políticas monetarias ultra expansivas de los **bancos centrales** que, durante más de diez años, y en posterior aceleración muy fuerte post COVID, inundan los mercados con liquidez creada ex nihilo, manteniendo las tasas nominales de rendimiento comprimido artificialmente de bonos y obligaciones, gubernamentales y corporativos. De esta forma, las autoridades monetarias han intentado estabilizar una masa de deuda pública y privada, cada vez más fuera de control, que ha crecido exponencialmente en el tiempo gracias a las políticas de “represión financiera” adoptadas por los propios bancos centrales. Para “devaluar” esta enorme masa de deuda en términos reales, los bancos centrales han estado tratando durante años de elevar la tasa de inflación, para llevar los rendimientos reales a territorio negativo (= rendimientos nominales - tasa de inflación): después de tantos esfuerzos lo lograron. A través de los bancos centrales, que son sólo formalmente independientes pero en realidad son “brazos armados” de sus respectivos gobiernos, el poder político ha actuado y sigue actuando como un **falsificador**, con el resultado de **penalizar el ahorro** en beneficio de los deudores, empezando por sí mismo: los rendimientos reales negativos constituyen de hecho una especie de impuesto injusto sobre el ahorro y la renta fija (principalmente sueldos, salarios y pensiones), no votado por ningún Parlamento y, además, muy poco transparente. El Banco Central Europeo sigue calificando la inflación como un fenómeno transitorio, no especialmente preocupante, para poder continuar indefinidamente con su política monetaria de traspasar ingresos y riquezas de la hormiga ahorradora a la cigarra deudora: está por verse cuánto tiempo podrá resistir esta “narrativa” frente a dinámicas inflacionarias objetivamente preocupantes.

Entre las causas próximas del contundente despertar de la inflación, podemos

identificar las políticas fiscales altamente expansivas implementadas por los gobiernos para enfrentar la grave crisis económica inducida por los confinamientos generalizados - decididos por los propios gobiernos-, que también han provocado la fragmentación de la producción y la distribución, con importantes restricciones y estrangulamientos por el lado de la oferta, incluso sobre el suministro de energía, con evidentes consecuencias en la dinámica de los precios. También se debe enfatizar que tales desequilibrios no dependen solo del reinicio de las economías mundiales después de trimestres de bloqueo sustancial, sino que se han visto exacerbados por el aumento contextual de la demanda, empujado artificialmente por las mencionadas políticas monetarias y fiscales fuertemente expansivas. Mucho hay que decir sobre la “calidad” de la recuperación económica en marcha, no sólo en Italia: por un lado, está afectada por el efecto base porque nos enfrentamos al año anterior en el que la estrategia de indiscriminada de cierres había clavado a la economía; por otro lado, los aumentos del PIB se deben a un aumento significativo del gasto y la deuda pública, mientras que los privados, especialmente las pequeñas y medianas empresas, siguen en apuros. En definitiva, la crisis, como era fácilmente previsible, nos ha dejado en herencia aún más Estado y más deudas, además de las dificultades de los privados y la inflación: por tanto, es difícil compartir el entusiasmo de muchos comentaristas económicos sobre la “fuerte recuperación” de la economía.

Además de estas causas generales, válidas en casi todo el mundo, en **Europa** existen razones específicas vinculadas a las decisiones de la política energética de los últimos años, con inversiones insuficientes y sin una adecuada diversificación de los proveedores y de las fuentes de energía propiamente dichas. Estas elecciones han llevado a una situación de fragilidad estructural, exacerbada en los últimos trimestres por las tensiones con la Rusia de Putin, nuestro principal proveedor de gas (en Italia, el gas ruso cubre alrededor del 40% de la demanda). Todo ello ha empujado a los **precios del gas natural licuado en Europa** -aunque reducidos a la mitad respecto a los picos estratosféricos de mediados de diciembre- a situarse en las últimas semanas en niveles cinco veces superiores a los del verano de 2020, niveles tres veces superiores a los practicados en los Estados Unidos, que también han aumentado considerablemente en los últimos 18 meses. Una recuperación estable de la inflación, con una desaceleración simultánea de la actividad económica, volvería a plantear aquellos inquietantes escenarios de “estanflación” (“estancamiento + inflación”) que ya no surgieron de los shocks petroleros de los años setenta. Esto dejaría definitivamente al descubierto el error de las políticas monetarias y fiscales *neokeynesianas* implementadas en las últimas décadas, a las que se han sumado recientemente las políticas de energía *verde*.

En definitiva, las razones de las fuertes tensiones sobre los precios de los últimos meses son muchas y están interconectadas, pero se puede decir que ciertamente no estamos ante eventos naturales adversos, impredecibles e inevitables, ni ante fenómenos “especulativos”; más simplemente, es una cuestión de las consecuencias **esperadas** de elecciones políticas equivocadas. En este sentido, el catastrofismo ecológico -que nada tiene que ver con la ecología correcta- tiene ciertamente una parte importante de responsabilidad: en Europa la llamada descarbonización, con el cierre programado de las centrales térmicas de carbón y el objetivo de lograr emisiones netas nulas de dióxido de carbono para 2050, de hecho, está provocando una “transición energética” muy accidentada, que paga el precio de decisiones ideológicas. Si bien el epicentro de la crisis energética en este momento está en Europa, la transición ecológica decidida en la **Agenda 2030 de la ONU** sobre el llamado “desarrollo sostenible” inevitablemente tendrá un impacto global y duradero en el tiempo: es uno de los puntos claves, aunque no los únicos, del proyecto *Great Reset* para los años veinte de nuestro siglo, muy poco rugientes hasta ahora. Al respecto, Bill Gates habló del **sobrecoste** asociado a la transición a las energías renovables, definiéndolo con el término “*green premium*” (**premio verde**): según sus estimaciones, actualmente estamos hablando de unos 5 billones de dólares estadounidenses en costes adicionales sobre una economía que vale unos 80 billones de dólares (datos

anuales). Este costo correrá a cargo de los contribuyentes y los consumidores, y para que sea aceptable debe estar respaldado por un *story-telling* adecuado: como dice Gates, si no comenzamos a bloquear de inmediato las emisiones de gases de efecto invernadero, “cada año morirán millones de personas por el cambio climático, y contra esto no habrá ninguna ‘vacuna’ disponible”. De la emergencia sanitaria a la “pandemia climática”: en fin, mano a los portafolios y silencio, no molestemos al manipulador.

Las ideologías, nos enseña la historia, siempre han sido caras, no sólo en el plano de la libertad sino simplemente en el económico. La esperanza es la de un “regreso a la realidad”, del fin de un estado de excepción continuo: es necesario detener el programa de “transición energética”, el tema del *Green New Deal* europeo, e implementar un cambio de rumbo de las políticas monetarias y tributarias, para volver a privilegiar el ahorro y defender la libertad de iniciativa económica de los privados frente al creciente intrusismo de los Estados y de realidades supranacionales como la ONU. El único verdadero *reset* que necesitamos es la libertad.